



1

Iban camino de Fuengirola, para disfrutar del fin de semana. Un fin de semana ganado a pulso, puesto que desde hacía tres años no habían podido escaparse a solas. Él, 45 años. Ella, 42.

—Cariño...

—¿Sí? —reaccionó él, concentrado en la carretera.

—Quiero que sepas que este fin de semana...

—¿Sí?

—Vas con una puta.

Él se giró, alucinado.

—Mira a la carretera...

Volvió la vista al frente, pero con el rabillo del ojo miraba hacia la derecha. Y lo vio. Vio cómo ella se retorció en el asiento, para quitarse las bragas. No, no eran bragas. Era un minitanga. Un minitanga negro. Semitransparente. El que él le había regalado una vez, parte de un disfraz de pornochacha que le había comprado por Internet, y que solo se había puesto dos veces... y porque fue lo primero que encontró en el cajón a oscuras, cuando se levantaba para ir a trabajar. Y solo el minitanga. El resto quedó en el cajón.

No pudo evitar la erección. Y le sorprendió. Hacía tiempo que el sexo ya no era lo de antes; le costaba. Física y mentalmente.

EL VIAJE DE LOS GARCÍA

Era algo recurrente, una vez cada dos semanas. Y aun así, el gatillazo era lo más probable. Pero se empalmó. Y más cuando ella se subió la falda, abrió las piernas y puso los pies sobre el salpicadero.

—Voy cachonda...

«Oh, Dios mío».

—Muy cachonda...

«Joder...».

—Y mojada...

«Dios...»

—Mira...

Y como una auténtica guarra, se pasó el dedo por la raja, recogiendo el flujo caliente y dulce, y se lo puso a él en la nariz y luego en los labios.

—Cariño, por favor...

La polla le iba a reventar. No sentía algo así desde hacía años.

—Párate en la primera área de descanso que encuentres.

Estaba más que dispuesto. Quería. Lo deseaba. Lo necesitaba.

Ella se abrió la blusa. Botón a botón. No llevaba sujetador. Él no lo había notado. Y era para hacerlo. Unas tetas de impresión. 105 D. Algo caídas, por la edad; pero por Dios... qué pedazo tetas. Grandes. De las que te dan ganas de chupar. De las que te giras cuando las ves embutidas en la camiseta de una tía de un centro comercial. Joder, qué tetas. Y se las sacó de la blusa. Y se las empezó a acariciar. A tocar. A sobar.

—Mmmmm...

—Cariño, que estoy conduciendo...

—Pues para... —susurró sin mirarle—. Mmmmm...

Seguía. Se estaba masturbando. Se estaba haciendo una paja. Una paja de las de ley. Alucinante. Sobándose las tetas. Con las piernas abiertas sobre el salpicadero del coche. Moviéndolas para

apretar el clítoris. El olor a coño le llegaba con demasiada facilidad. A coño húmedo. A coño caliente. A coño de hembra. Y cómo tenía los pezones. Enormes. Hinchados. Sensibles. Y apretándoselos con los dedos. Una mano en las tetas y la otra en el chocho.

—Aaaaahhhh...

Era demasiado. Por suerte, lo vio. Un cartel: «Área de descanso a 2 km». Cinco minutos. Solo cinco minutos.

—Aaaaahhhh...

Seguía sobándose las tetas, tocándose el clítoris, pasándose el dedo por la raja. Pajeándose. Eso no era una masturbación; era una paja. Sucia. Guarra. Indecente. Perfecta.

—Oooohhh...

Afortunadamente, lo vio. El desvío al área de descanso. Había un camión, pero qué más daba. No aguantaba más, y conducir así era un suplicio, empalmado como estaba y con su mujer haciéndose una paja más bestia que la de Kim Bassinger en *Nueve semanas y media*. A saber la de conductores que la habrían visto con las piernas abiertas sobre el salpicadero y las tetas al aire. Cuando lo pensó, se excitó aún más.

Le iba a reventar la polla.

Por fin lo consiguió. Paró el coche, al lado de los árboles del área de descanso. Echó el freno de mano y la miró. Ella no le hacía caso. Estaba a lo suyo.

—Aaaahhhh...

—Cariño, ya hemos parado... —dijo él, acercándose a su cara de éxtasis y besándola en la boca, lascivo.

—Mmmm... pues necesito... acompáñame...

Ella abrió la puerta del coche, y él salió por su lado. Observó cómo ella se iba hacia el maletero, lo abrió, y sacaba una lata de cerveza de la nevera portátil. La abrió y se la bebió de un trago.

«Está desatada, no es ella misma», pensó él.

EL VIAJE DE LOS GARCÍA

—Ven —dijo ella, cogiéndole de la mano y acercándole a los árboles—. No te pierdas detalle.

«¡¿Qué?!».

Y en cuanto llegaron a los árboles, ella le soltó la mano, se adelantó un par de pasos, se subió la falda, enseñando todo el culo y también el coño, y se puso a mear. Con todo al aire. Pero a él le pareció el colmo del erotismo. Su mujer, medio borracha, cachon-
da, en un sitio público, con el chocho y las tetas al aire y mean-
do. Casi se corre sin tocarse.

—Joder...

—Te gusta, ¿verdad, cerdo?

—Sí...

—Deja que mee a gusto.

—Pero cómo estás...

—Cachonda, cerda, puta, sucia, guarra... y me gusta. Me lo estoy pasando bomba.

—Y el camionero también... —dijo él, algo más consciente de la situación.

—¿Nos está viendo?

—Me temo que sí.

—Métemela.

—¿Qué?

—¡Que me metas la polla! ¡Que me folles! ¡Quiero tu rabo duro en mi coño!

—Oh, Dios... ¡Síííí!

—¡Métemela, cabrón! ¡Hasta el fondo!

Y sin poder aguantar más, lo hizo. Se bajó los pantalones. Sacó su miembro erecto y duro y la empaló.

—¡Aaaaaah! ¡Joder, cabrón, qué pedazo polla! ¡Aaaahhh!
¡Más! ¡Más! ¡Fóllame! ¡Fóllate a tu puta, cabrón! ¡Así! ¡Así!
¡Oooooohhhsííí!

Él empujaba como un poseso, enervado, tieso, taladrándola con su miembro grande y duro, agarrando sus nalgas con las manos para que no se cayera con las embestidas. Y era verdad que tenía un miembro considerable. Más de un palmo. Pero hacía tiempo que no estaba así de erecto.

—¡Más! ¡Más! ¡Joder qué polla! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dióóóó...!
¡Aaaaaah! ¡Aaaaaah! ¡Que me corro, joputa! ¡Aaaaahhhh!

—¡Aaaaahhhooooooooohhh!

Fue sublime. Un éxtasis. Una catarsis. Él soltó un chorro de semen caliente que a ella le llegó al fondo; el placer de ella resbaló por su miembro hasta sus huevos. Una explosión total, a dúo, coincidiendo, gozando, gritando, jadeando, suspirando. Un orgasmo brutal. Para los dos.

Sudorosos, extasiados, con la respiración entrecortada, separaron sus cuerpos.

Aunque no mucho. Él la mantuvo abrazada, sosteniéndola, manteniendo el contacto. Se besaron. Con cariño, con ternura, con pasión.

—Te adoro —confesó ella.

—Te amo —dijo él.

Otro beso, una sonrisa y un guiño de complicidad.

Mientras él le abrochaba la blusa (sin dejar de notar que lo hacía sin el sujetador debajo), ella le preguntó:

—¿Te gusto así?

—¿Cómo?

—Guarra, cerda, puta...

—Me encantas así, y de cualquier manera. Te quiero. Pero ha sido la hostia.

—Esto no es nada... —sugirió ella, mirándole con picardía—. Prepárate para lo que viene. Por el momento... las braguitas que me he quitado eran las únicas que traía... y ya están sucias, así que...

EL VIAJE DE LOS GARCÍA

Él no pudo contestar. Solo sonreír, besarla y acompañarla al coche. Una vez sentados, volvieron a besarse. Arrancó, puso primera y abandonaron el área de servicio. Un bocinazo del camión les despidió. No habían pasado inadvertidos.